

REBECCA ROBINSON

EL
LOBO
Y
LA
SERPIENTE

Destinada a casarse
con su enemigo.

Entregarle su corazón
sería imperdonable.

Besties
Books

REBECCA ROBINSON

EL
LOBO
Y LA
SERPIENTE

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Título original: *The Serpent and the Wolf*

© Rebecca Gilmore, 2024

Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U.S.A

All rights reserved

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa del interior, Robert Lazzaretti, 2024

© de las imágenes del interior, Impixmart / Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-270-5444-8

Depósito legal: B. 11.815-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.





Con una soga atada y un acero minúsculo escondidos debajo de una almohada, Vaasalisa Kozár correteaba de un lado a otro de una estancia en penumbra del Gran Templo de Mireh.

No estaría allí cuando saliera el sol.

Los que bailaban en el salón de la planta baja de aquel templo enorme eran la distracción perfecta, con aquella música tan desesperantemente alta y aquellos bailes comunales, absortos en sí mismos y en su vino con miel, sin preocuparse en absoluto por los novios.

Despreciaba a todas y cada una de aquellas personas, a todos los que habían asistido a aquel fraude de ceremonia.

Sobre todo a su hermano, Dominik, con su falsa sonrisa y su lustroso pelo azabache. Mientras se desprendía del espantoso vestido blanco de novia, imaginó que le arrancaba de cuajo el pelo de la cabeza y silenciaba aquella risa suya tan descarada.

Pero la muerte de Dominik no era una de sus prioridades. Además, él ya había vuelto discretamente a su palacio, con sus hermosas mujeres, en el imperio familiar de Asterya. Daban igual los motivos por los que la víbora de su hermano hubiera decidido casarla solo unos meses después de la muerte de su padre, apenas ;unas semanas! después de la de su madre. Fueran cuales fuesen, le resultaba imperdonable, una de esas cosas por las que uno perdía la vida.

Vaasa ignoraba si la muerte sería el destino de su hermano, pero había decidido que el matrimonio no iba a ser el suyo.

Apenas disponía de unos minutos antes de que el desdichado de su esposo llegara a ella.

Reid de Mireh era un guerrero descomunal, el mayoral más joven que había conocido Icruria, y sin duda el más célebre. El Lobo de Mireh. Le había mirado el vestido de novia blanco como si detestara la ausencia de color, como si la detestara a ella, tal vez. Aquella nación exaltaba los colores luminosos y los tonos llamativos, así que Vaasa había descartado el camisón blanco que pensaba ponerse y se había enfundado en uno rojo que solo le cubría medio muslo y tenía una raja que le subía por la cadera derecha. La seda fría se deslizaba por su cuerpo. Dejando el zurrón bien escondido junto a la ventana, hincó el trasero en las sábanas de seda y cruzó las piernas de una forma en la que, a su juicio, parecían más largas, de una forma que sabía que seduciría a Reid de Mireh.

Vaasa había estudiado en profundidad aquella nación, igual que cualquier otra que pudiera amenazar al reino de su familia. Aunque nadie había logrado infiltrarse en la región occidental de Icruria y regresar con

vida, la violencia plagaba los territorios orientales, que se encontraban al borde de una guerra total con Asterya. En sus comienzos, la república de Icuria la habían formado seis estados independientes, unidos hacía generaciones. Los tutores de Vaasa habían hecho hincapié en su inusual estructura política: el gobernante electo de Icuria, al que llamaban «el jefe», cambiaba cada diez años. Al jefe lo elegían entre los mayores de los seis grandes territorios; los cinco que no salían elegidos se convertían en sus consejeros. Lo asesoraban y con su voto terminaban eligiendo al siguiente. Se decía que el hombre que acababa de casarse con Vaasa era el candidato favorito para convertirse en el próximo gobernante de Icuria, un guerrero peligroso y violento conocido por su nula clemencia.

Si eso era cierto, la pequeña raja del camisón podría ser su mayor ventaja, porque le dejaba al descubierto uno u otro lado del muslo según se recolocara en la cama. A fin de cuentas, los guerreros también eran hombres, y los hombres solían ser su propia perdición.

Sus dedos anhelaban la cuerda escondida bajo la almohada, el acero allí oculto.

Seguramente el mayoral de Mireh esperaba que la heredera de Asterya fuese una mujer recatada y comedida, no la asesina que había hecho de ella su padre, la hija despiadada y manipuladora que había querido que fuese. La primogénita de Asterya no sería una novia inútil: sería un arma.

A la muerte de sus padres, Dominik se había convertido en emperador, solo por lo que le colgaba entre las piernas.

Y a Vaasa lo único que le había tocado era Reid de Mireh.

Resonaron unos pasos en los suelos de piedra del otro lado de la puerta.

La inquietud se le coló en el estómago apenas unos segundos, y ella la empujó hacia el fondo con la energía de un puñetazo. El miedo era la más peligrosa de las emociones que la asaltaban, porque despertaba la maldición contagiosa que le reptaba bajo la piel. Ella la imaginaba como una serpiente, enroscada en sus tripas, preparada para atacar. Bien podría matar a todos los presentes en aquel templo si dejaba escapar aquella fuerza. Incluso podría morir ella. Era mucho más fácil seguir rabiosa: la rabia no era vulnerabilidad.

La rabia era el único sentimiento al que la maldición parecía atender.

Se abrió de golpe la puerta y el mayoral de Mireh entró por ella, ocupando prácticamente el hueco entero con su espalda superancha.

Se miraron a los ojos.

A Vaasa no lo iba a aterrar aquel hombre, por mucha fortaleza que viera en él. Y ahora tras aquella fortaleza se ocultaba algo más, un amago de sorpresa o confusión al verla sentada en la cama de aquella guisa.

Entonces el mayoral de Mireh se transformó en alguien diligente y responsable, pragmático y sereno. Aquel rostro bien afeitado la hizo preguntarse qué encontraría tras aquella mandíbula rígida, si colmillos o algún otro rasgo atroz, algo del estilo de la magia y los monstruos que se rumoreaba que rondaban Icuria.

Pero aquel guerrero solo parecía humano, como ella, un pensamiento que la había atormentado desde que habían intercambiado sus votos con premura y desinterés. Joven, circunspecto. Llevaba opulentas ropas de color negro y morado, el pelo moreno recogido con una

cinta de cuero, y sus ojos curiosos deambulaban por la figura de ella, que lo esperaba paciente en la cama. Vaasa suavizó la mirada y ensayó una sonrisa. El mayoral de Mireh, como una mosca atrapada en la telaraña, deslizó tímidamente sus ojos dorados a la boca de ella, y algo carnal hizo vibrar el extremo de su mandíbula. No parecía en absoluto un conquistador.

A Vaasa le iba a costar lo suyo escapar.

Se irguió de la cama y, sosteniendo sobre sus piernas largas el peso del cuerpo, salvó la distancia que los separaba. Reid no se movió. Observó con atención cada uno de sus pasos hasta que ella se plantó, viperina, justo delante de él.

—El rojo te sienta bien —dijo él, y flotó entre los dos aquel acento del oeste, en la lengua comercial de los icrurianos, al tiempo que sus ojos se perdían en el océano de los de ella.

—Me ha parecido que no te gustaba el blanco.

Él frunció los labios, que acto seguido esbozaron una sonrisa genuina.

—Sospecho que me pararías el corazón con cualquier color.

Bonitas palabras. Vaasa le puso las manos en el pecho, justo encima del corazón, extendió los dedos y presionó la seda del atuendo nupcial. En vez de recurrir a las palabras, que, de todas formas, rara vez hacían justicia a ninguna situación, deslizó los dedos hasta los botones de la capa, justo en la curva del cuello, y empezó a desabrocharlos. Con cuidado, le retiró el tejido frío de los hombros y dejó al descubierto una porción aún mayor de su pecho desnudo. Él le quitó la capa de las manos y la depositó con delicadeza sobre la silla que tenía a su izquierda.

Ella pasó al drapeado que le cruzaba el pecho y metió los dedos por debajo del tejido. Reid la observó en silencio, algo cauteloso, pero también a él se le había acelerado la respiración.

Vaasa le quitó el atuendo ceremonial y echó un buen vistazo a la planicie de su pecho desnudo, todo músculo, cubierto por un intrincado tatuaje que recorría la piel tostada de su hombro derecho y le descendía por el brazo. Llegó a sus fosas nasales un aroma sutil a sal y a ámbar, algo dulce y terroso. En otras circunstancias lo habría descrito como irresistible, habría reconocido que aquel cuerpo moreno, iluminado por la luz de las velas y cubierto de tinta negra, le resultaba más tentador de lo que estaba dispuesta a admitir.

Pero no estaba allí por eso.

Con imprudente abandono, deslizó un dedo a la cintura de él y lo condujo a la cama hasta que topó con la corva de las piernas en el colchón.

Titilaron de sorpresa y de emoción los ojos de Reid, que envolvió con sus dedos los de Vaasa y, con delicadeza, se llevó los nudillos a los labios.

—Confiaba en que nos lleváramos bien —dijo Reid de Mireh.

Ella dejó de morderse el labio inferior.

—Eso estaría bien.

Agarrándola fuerte de la cintura, Reid la situó sobre las mantas suaves, a la vez que le indicaba con un movimiento de la cabeza que debía tumbarse para él. Sin dejar de mirarlo a los ojos, Vaasa se tumbó en la cama y subió lo suficiente como para colocar las manos cerca de la cuerda y el arma.

Reid hincó las rodillas en el colchón, que cedió con su peso, y trepó por el cuerpo de la joven. Solo que

aquella postura no le valía para lo que Vaasa andaba buscando.

Le llevó la mano al pantalón.

Él la agarró por la muñeca.

—¿Has hecho esto antes, Vaasalisa? —Ella se lo pensó un segundo. ¿Esperaba castidad? ¿Era eso lo que había acordado con su hermano?—. Más vale... —añadió él, levantando una mano para apartarle un mechón de largo pelo negro de la mejilla y acariciarle el cuello hasta el hombro— que me digas la verdad.

La verdad era que no había hombre capaz de distinguir a una mujer virgen aunque se la pusieran delante, por mucho que todos se empeñaran en lo contrario. Dudaba que Reid fuera una excepción. Además, quería que la considerara inocente, sumisa.

—No lo he hecho —mintió—. Pero he oído decir que es más fácil para la mujer si está encima y puede controlar la velocidad.

—¿Y quieres hacerlo?

La pregunta, tan seria, hecha con la boca tensa y el ceño fruncido, podría haberla paralizado si se hubiera dejado.

—Sí, quiero hacerlo.

¿En serio le acababa de preguntar eso?

Reid cabeceó y la emoción regresó a sus ojos serenos y a sus hombros relajados; luego le pasó la mano por la parte inferior de la espalda y la hizo rodar para colocarse debajo de ella. Completamente a su merced. Con caricias tiernas, le recorrió los cantos de las piernas, que ella había enroscado en sus caderas.

—Siendo así, por favor, adelante —susurró él.

¿Y aquel era el hombre que iba a gobernar todos los estados de Icruria durante una legislatura entera?

Ahora que lo tenía bajo su cuerpo, Vaasa no veía a ningún lobo, solo a un bobo.

Huir sería lo mejor, porque Asterya iba a terminar aplastándolo. A su hermano no le interesaba negociar con un simple mayoral, por muchas garantías que le hubieran ofrecido a ella de que Reid ascendería a jefe en el plazo de un año.

Vaasa acercó la boca a la mejilla de Reid y acarició con los labios la piel suave y recién afeitada. Habría preferido la aspereza de una barba incipiente, un pensamiento que se guardó para sus adentros. Comenzó a descender, paseando las manos suavemente por sus hombros, arañándole la piel con las uñas y poniéndole, de paso, la carne de gallina. Llevó los labios hasta su pecho. Cuando lo miró con los ojos entornados, él contrajo un poco la respiración. Ella ascendió de nuevo y volvió a besarle el cuello, al tiempo que retiraba la mano de su hombro para meterla por debajo de la almohada.

De un solo movimiento, agarró el arma y se la puso al cuello, justo donde acababa de besarlo.

—¡Las manos por encima de la cabeza! —siseó.

Paralizado, con los ojos de pronto alerta, Reid de Mi-reh ni se movió.

Hasta que lo hizo.

Giró con la determinación de un asesino, rodaron los dos y la fuerza de aquel contraataque apenas permitió a Vaasa aferrarse al puñal. Reid le metió el muslo entre las piernas y la controló momentáneamente, hasta que ella se lo rajó con la hoja. Él gruñó de dolor por el tajo y ella consiguió quitárselo de encima. Aprovechando su propia inercia para volver a instalarse encima de él, Vaasa le pegó el filo del acero a la yugular y le hincó la rodilla en la entrepierna, dispuesta a atacar.

Esa vez Reid de Mireh se quedó de piedra.

Ella apretó más fuerte el cuchillo, clavándoselo en la piel.

—Haz lo que te digo si no quieres que estas sábanas blancas se vuelvan rojas.

Despacio, Reid obedeció. Levantó los brazos por encima de la cabeza, y ella notó que se tensaba cuando le hincó aún más la rodilla en la entrepierna. Sirviéndose de la mano libre, le ató las muñecas con la cuerda que tenía escondida y apretó fuerte; luego la anudó al cabecero de la cama. Lo hizo todo en cuestión de segundos, porque ya lo había planeado antes de que él entrase por la puerta. Aquel instante de vulnerabilidad había pasado ya, y de nuevo se rebelaba contra el pánico creciente.

Zumbaba la maldición alojada en sus entrañas, recordándole que, aunque pudiera controlar al hombre sobre el que estaba encaramada, no podía controlar la infección que impregnaba sus propios huesos.

—Cuéntame —le espetó Reid con una serenidad pasmosa—: ¿tenías pensado asesinarme desde el principio o es que, al verme, has decidido que no soy lo bastante guapo para ti?

Muy probablemente nadie se atrevería a interrumpirlos esa noche. No encontrarían su cadáver hasta la mañana siguiente y, para entonces, ella ya se habría ido hacía tiempo.

Desataría una guerra con la nación más brutal del continente, y dejaría que Dominik pagara las consecuencias.

Apretó un poco más el puñal.

—No tienes por qué —jadeó él con los ojos como platos.

Aquellas palabras la atormentaron de pronto, enros-

cándose en su vientre, mezclándose con magia, adrenalina y urgencia.

«¿Y quieres hacerlo?»

¿Qué más daba eso? Un detalle como aquel no borraba por completo todo lo que había oído decir de él, los relatos salvajes que la habían tenido en vela con aquel omnipresente miedo desde el anuncio de sus nupcias inminentes. El mayoral más joven, que había alcanzado aquel rango antes de cumplir siquiera su tercer decenio. Nadie se garantizaba el poder tan rápido sin maldad.

Pero aquello le dio que pensar, le hizo cambiar la forma de verlo allí abajo.

¿La brutalidad pedía permiso?

Una bruma negra empezó a enroscarse en las yemas de sus dedos, a lamerle a él la piel de debajo de la mandíbula. Su magia.

Estaba perdiendo el control.

De pronto agitada, le hizo una pequeña muesca en el cuello.

—Ni se te ocurra venir a por mí, porque terminaré lo que he empezado.

Vaasa bajó de un salto de la cama, escondió el puñal, se calzó las botas y se puso la capa forrada de pellejo con la que él la había obsequiado como regalo de boda. Se quitó la fina alianza de oro y la dejó en la cómoda. A su espalda oía un leve forcejeo, pero ella sabía bien cómo hacer un nudo. Se echó a los hombros el zurrón, el que había dejado cerca de la ventana, después de guardar en él las sedas y cualquier otra cosa medio valiosa que quedase en la estancia. Se ató bien la capa y, al volverse, vio que Reid la miraba atónito, y que una rabia feroz se le enredaba en los músculos de los brazos mientras tiraba de la cuerda.

Si aquel joven hubiera sido tan bruto como se rumoreaba en el imperio, lo habría asesinado sin pensárselo dos veces.

«¿Y quieres hacerlo?»

No eran más que palabras, pero, en cierto sentido, también un acto. Uno que le había salvado la vida.

—Sabes hacer nudos —admitió él, sin dejar de mirarla a los ojos, con aquel acento seco convertido en un gruñido furioso—. Vas a tener que enseñarme para que la próxima vez podamos cambiarnos el sitio.

El muy engreído sonrió. ¡Sonrió!, como si le pareciera graciosa, como si le divirtiera que lo atasen medio desnudo a la cama en su noche de bodas.

Eso hizo titilar la maldición que le impregnaba las entrañas y las manos, hizo que empezase a danzarle con la emoción de los demonios de él. Apartando las manos de la vista de Reid, Vaasa se volvió hacia la ventana y la abrió. Luego se giró un momento y vio el hilo de sangre roja que le corría a Reid por el cuello.

—No habrá una próxima vez, alteza.

Se coló por la ranura y cerró la ventana con sigilo. Una vez fuera, se detuvo un segundo para observar, por el cristal, cómo forcejeaba en la cama con las ataduras, para contemplar la bruma negra que se apoderaba de sus manos y amenazaba con arrebatarse hasta la última gota de vida de su cuerpo tembloroso.

No podía permitirlo.

Se escabulló por el tejado del Gran Templo de Mireh, con la capucha de la capa subida para ocultar sus rasgos, a la oscuridad del exterior.

Lo primero de todo buscaría una hermandad, una escuela icruriana, aunque no eran los conocimientos de historia y aritmética lo que le interesaba. No bullía la

magia en Asterya; la de allí, en cambio, era tan rara que la había ambicionado su padre, y ahora su hermano, que se había apoderado del trono con idéntica crueldad.

Algunos llamaban «serpiente» a su padre.

Él decía que Vaasa era «su camaleona».

Mimetizándose con el entorno, algo que había sabido hacer desde muy pequeña, huyó de la resplandeciente ciudad de Mireh vendiendo las sedas de Reid para conseguir llegar a otro estado. Si había un lugar donde podía aprender a manejar la maldición que le impregnaba los huesos, ese era Dihrah, la Ciudad de los Eruditos.